

Capítulo N^o 4

El Rostro

Fue hasta su casa, la madre mirando televisión, cambiaba de canal en canal entre informativos de derecha a programas de divas desfilando o chusmerío barato. Toda una contradicción en la contracultura argentina, o mejor dicho desculturización mundial.

En ese momento llega la hermana más temprano de lo acostumbrado, la mujer la observa con desprecio, como siempre y cada vez que volvía del trabajo.

—¿Quéhacé acá vo tan temprano? No me digá que te echaron del trabajo estúpida.

La piba callada, la miró fijo y largamente. Con los párpados pesados intentó disimular su angustia.

—No, pero me suspendieron por la pandemia.

—Eso chinos de mierda, yo sabía joeputa y ete gobierno de mierda. ¿Paque cierran todo cheeeee.....?. Aquí no va llegá. ¿Si noes todo mentira?

Brayan se fue al dormitorio, en la cama como siempre, con Marita, se miraron sin decir palabra.

Mónica entró, los miró con una sonrisa dulce pero con gesto de preocupación, les dio un beso y corrió la cortina que dividía la habitación y desde su lugar Brayan le preguntó.

—¿Va deja de cobra?

—Quedate tranquilo, todo va a estar bien. Y... no te comas las “r”. Corriendo la cortina y guiñándole el ojo.

—¿Y Carlos? —Brayan.

—Anoche hablé dos minutos con él, también esta medio preocupado porque dicen que van a tener que dejar de trabajar en la obra.

No dijo nada, salió del dormitorio despacio pero decidido, si hasta ese momento tenía una duda la terminó de disipar.

Iba y venía como loco por la calle cuando ve al Chungo que pasó en otro auto ligero hacia el fondo. A los cinco minutos volvían los tres caminado.

El Chungo tomó el viejo Peugeot, subieron a él.

—¿Qué mirá vo pendejo, queré vení? ¡Dale, tarado, apurate, no toy paro vo todo el día!

Subió rápido y callado, salieron de la villa y anduvieron no más de veinte minutos.

Despacio dieron cuatro vueltas por la misma manzana, los tres se miraban, Brayan observaba y no decía nada, como siempre, porque el Brayan no era mucho de hablar.

—Conchasumadre, no hay nadie bolo... —El Chungo—. Ta todo re mudo.

—Tá el trapo ahí bolo. —Marito.

El Chungo detuvo el auto, se dio vuelta y lo miró fijo. Los tres observaron la vivienda marcada.

Volvieron a la villa, no habían tardado más de cuarenta minutos en total, fueron hasta el fondo cerca del paredón, frontera infranqueable que invisibilizaba la realidad del barrio “La gomas”.

De una precaria cochera sacaron el auto con que habían pasado rápido anteriormente. Subieron los cuatro, y llegaron hasta la casa marcada con el trapo dispuesto al descuido pero de forma exacta.

—Mira. ¿Ves la casilla del gas, entre la paresita y la reja? Vo pasá, entrá, no hay nadie desde hace una semana. —El Chungo.

—Yo vi entrar un flaco. —El Menchu, estaba sentado junto al Brayan.

—Es el hijo, viene por los pájaros. —El Chungo.

—Anda por el pasillo, hay una ventana entrá y sacale el seguro a esa puerta que esta con llave. —El Menchu.

—¿No hay nadie? —El Brayan.

—Andá pendejo, te voy a matar. —El Chungo.

Baja el Brayan, con el auto cubrían los movimientos.

—¡La cabeza enfermo! —Marito.

Brayan recordó la recomendación del Chungo, gorrita y capucha.

—Che bolu, vo trabajaste dos días. —El Chungo mirando por el espejo al Menchu.

Siiiiii, fuma. Jajajajajajaja, topiola, vieja chota sorete, le corté todo el pasto no me tiró una miga. Todo el tiempo marcandomé el otro bolo que me trajo. Viejo forro me hacía cortar el cerco mientras cortaba el pasto. A ese también, no le dejé ni la cortadora.

Jaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa. —Largó risa como hiena— jajajajajajajajaja. — Los tres rieron.

Brayan tenía miedo, nunca había entrado a una casa, pasó cómodamente entre la reja y la casita del gas que estaba floja y de un golpe previo le habían aflojado los ladrillos del costado. Una vez que vieron que entró, dos bajaron y el Chungo salió con el auto hasta la esquina.

Brayan entró a la casa sin alarma por la ventanita del baño. Se dirigió hasta la puerta de la cocina que daba a la cochera, tomo las llaves que se encontraban en la cocina como le había dicho el Chungo y abrió el portón de la cochera. No hizo más que moverla que los dos entraron, de un golpe lo empujaron, él no sabía qué hacer.

—Agarra mobólico, todo lo que puedas. —Marito.

No sabía qué tomar, qué agarrar, qué robar...

Entraron al dormitorio, escuchaba los ruidos, destrozaron todo en dos minutos, tomaron dos televisores, la computadora, modem, un celular viejo, relojes y dinero que había en una azucarera, no más de cuatro mil pesos, salieron por el portón. Todo en dos minutos.

Cuando el Chungo pudo observar la señal con la mano de Marito puso primera rápidamente hasta la puerta de la casa, entraron al auto y desaparecieron.

Hicieron dos cuadras ligeras, pero no tan rápido, luego aminoraron la marcha, tranquilos como quién va a comprar el pan el domingo a la mañana. No tomaron ninguna avenida, podía haber policías, las calles que utilizaban previa logística casi no tenían cámaras, solo algunas privadas en los frentes de las casas, que de poco sirven. En tal caso para ver cómo robaron o asesinaron a alguien.

—¿Mi celu y mi plata? Brayan inquieto.

—jajajajajajajaja.

—¿Qué plata? —El Chungo.

—Cinco mil pesos. —Brayan.

—Forrooooo —El Menchu.

—Menchu dale tu celu. —Marito.

—¿Qué? Yono ley doy nada el botonaso este. —Menchu.

—Dale tu celu o te vuelo la cabeza gato. —El Chungo.

Menchu sin dudar le quitó el chip y de mala gana se lo entregó.

—¿Plata por esto pendejo? Esa tene que labura ma pendejo.

—¿Dónde está el puto de tu tío? —Marito.

—En la esquina de la plaza.

—Dale una seca. —Marito.

—Él no quería.

—Fumá puto si o me fumas esta. —El Marito.

Pero no se pudo negar. Le metió otro en el bolsillo de la camisa.

Dieron dos vueltas y cruzaron al viejo con el carro, pararon el auto y lo tiraron, el tío vio.

—Ese canuto es gratis, el chip te lo compras vos. —Marito cuando Brayan se bajó del auto del Chungo.

—Qué hacé con ese vo boludo. —El tío.

—Naaa.

—Va tené quilombo.

—Naaaaa, to piola.

Se subió al carro y comenzaron a andar por el barrio aledaño a la villa.

—Che tío. ¿Cuánto sale un chi, qué un chi?

—Queseyó bolu. Preguntale a la gilada.

Esa noche la recorrida se le hizo larga pese a que fue corta. Poca mercadería en la calle y nadie de gente, el Brayan quería que fuera de día

para conseguir el chip, aunque entusiasmado hasta aprendió a manejar las riendas del carro, mientras el viejo matungo luchaba entre asfalto, baches, hambre y sed.

Desde arriba del carro se tiene otra perspectiva de la cosa, todo se ve justamente desde más arriba. La pobreza, la mugre, el olor fétido que sale de los sumideros en las noches de verano llega mejor al olfato acostumbrado del cartonero promedio y emprendedor.

Ya de vuelta en la madrugada se detuvieron en una esquina, otros amigos del tío con tetras con vino, botellas de plástico cortadas con distintas mezclas alcohólicas eran parte de la parada obligatoria de un par de cartoneros como para recargar fuerzas.

Todos fumando porro, aunque el tío y otro viejo sin dientes no lo hacían pero equilibraban la situación con lo que tomaban.

El Brayan sacó orgulloso su porro de dudosa procedencia y peor calidad, no era un buen porro de esos que fuman por entretenimiento y esnobismos los profesionales, la clase media rasjuniante criticadora de lo que ella misma hace.

Pidió fuego para mostrar que era grande aunque se sintió defraudado ya que nadie le dio la menor importancia. Y es que el no fumó nunca hasta ese momento, ni siquiera un cigarrillo común. Y la mayoría de sus vecinos lo hacían, el Pelado desde 4^a se porreaba en el tren. En cambio el Tabo que no fumaba y estudiaba todo el día nunca lo aceptó, y eso que él sí era pobre, porque todo su piso era de tierra y casi nunca tenía para comer.

El Pelado trabajaba en el Sarmiento repartiendo estampitas de seis de la tarde al último tren de la noche. Aunque el más jugoso era el de los viernes a la noche. El último porque viajaban la mayoría de los estudiantes universitarios que se quedaban de lunes a viernes a dormir cerca de la facu, y las chicas cama adentro. El muy pillo se descalzaba para dar más lastima y que le dieran alguna moneditas de más. El padrastro del Pelado era un hombre de sabio conocimiento comercial, y mientras se quedaba en la estación le cuidaba las zapatillas para que no se las roben, y por su puesto era más fácil marcar a los vagones donde hubiera más jóvenes estudiantes con más cara de nada del mundo.

Por otra parte el pibe era un gran observador, sabía como seducir al cliente desprevenido. Atacaba a estudiantes de corta edad que estuvieran mejor vestidos y peinados, en sus facciones se puede percibir el descanso, los mantenidos por los papis, rostros rozagantes y de poco estrés, vírgenes de maldad y con menos esquina que una rotonda. Aunque muchos dignos de una soberbia y petulancia decadente y desagradable.

Carro en mano siguieron el camino, era otra noche de calor agobiante, en un momento sobre una vereda vieron varias cajas de cartón y muchas botellas de vino muy fino. Casa de dos plantas y un enorme local abajo. Mientras el Brayan se apresuraba en desarmar las cajas y pisarlas el viejo saíno se acercó

a un pequeño y mustio arbolito, típico de adorno, no para dar sombra u oxígenos. No sea cosa que le quite vista a la marquesina de la ferretería del señor comerciante.

Mientras el viejo caballo pastoreó los yuyos mal cortados que sobresalían del mínimo cantero, un tipo medio petiso pelado y retacón se asomó por el balcón con etnia del mediterráneo medio...

—¿¡Pero que hace che!? ¡No me que me va a comer el árbol!

—Disculpe Señor. —El tío—. Chitttooooo... —Quitando al caballo.

Y el viejo matungo movió pesadamente sus patas dejando tan noble manjar de pasto no cortado.

Brayan se apuró y no dijo nada, solo miraba de costado mientras acomodaba el cartón y las botellas.

Cuando subió le dijo al tío.

—Pero si era pasto largo en un cuadradito, se ve que ni lo corta, si Mingo se comía lo de arriba le quedaba más prolijo.

El tío no le contestó.

Esquivando los móviles policiales que cuidaban que nadie anduviera por la calle durante la noche de cuarentena llegaron al depósito, hicieron entrega de la mercadería y se dirigieron a la villa nuevamente.

Pero el Brayan tenía una tarea pendiente, conseguir el chip. Necesitaba plata para comprarlo así que sacó de lo que él le dio el tío.

Estaba por entrar al pasillo cuando frena atrás con otro auto el Chungo.

—Che, Brayan, —el Chungo—. Hoy te puedo pagar si venís.

Brayan lo pensó.

—Hoy no tenés que hacer nada, solo quedarte en un lugar, si ves algo nos avisas.

El Brayan era todo un verdadero trabajador, tenía su oficio de cartonero con el tío y una changuita como aprendiz con los muchachos del barrio. Digamos casi una pasantía...

—Bueno. —Brayan.

Luego de un rato se dispuso a estudiar con su nuevo celu y de pronto se le abrió un mundo, tenía grupos de wsap, el colo le abrió un fb e instagram.

Fue hasta la plazoleta sin dormir. Sentado esperó que llegara alguno a jugar a la pelota, vio pasar despacio al Tabo.

—Eeeeeee... —Le gritó—. El otro siguió de largo y lo saludo con la mano.

—Veni boloooo.

Tabo siguió su camino.

Brayan se levantó.

—¿Qué te pasa bolo?

Tabo se quedó quieto, se detuvo y no dejaba de mirar para abajo.

—Mi mamá... mi mama se murió.

Brayan se quedó helado, si bien las muertes en el lugar eran cosa de todos los días esta le sorprendió.

—Uuu bolú qué bajón, to mal ¿Y tu viejo?

—Se quedó allá para enterrarla, estamos con mi tía, viene dentro de un par de días

—¿Y a dónde va vo bolu?

—Voy a trabajar, aprovecho la pandemia para trabajar todo el día, mi tía nos cuida.

—Naaa bolo, ni da. Todo cerrado.

—No, trabajamos con la puerta cerrada.

—¿Va deja de estudia? —Brayan.

—No, ni da. Mi viejo me mata, está preparando todo para laburar en casa, él quiere que siga estudiando. Se viene la semana que viene con mi hermanito.

—¿No se murió?

—No, él vivió. Bue, me voy porque primero tengo que ir a particular que mi papa me dejo la plata.

Brayan se quedó pensando, no entendía bien cómo funcionaba esa familia. Volvió a la placita y se quedó con el Pelado y el Colo, ambos sacaron un porro y lo prendieron.

¿Fumavo? —El Pelado.

—Dame una seca, cancheriando el Brayan.

—Tomá uno pero me lo debe. El Colo.

En eso entra la policía por la calle principal.

—¡Adentro, adentro! —Gritaba uno de los polis. —Estamos en cuarentena...

Atrás había una ambulancia y bomberos, los tres pibes corrieron enseguida para ver qué pasaba, a dos cuadras al fondo y a la izquierda un gentío y humo. No se habían dado cuenta pero uno de los ranchitos estaba quemándose.

Corrían los vecinos con mangueras y baldes haciendo filas de pasamanos tirando agua.

Dicen que la señora estaba cocinando con fuego porque se le había acabado la garrafa y se le prendió fuego la casa, comentó otra señora a las otras mientras observaban horrorizada como las chapas de cartón en instantes se reducían a cenizas.

La sacaron en una bolsa negra.

—Pobre mujer. —Comentó uno de los tipos con un balde lleno de agua en la mano mientras los bomberos terminaron de apagar el incendio.

Pronto terminó la conmoción y todos volvieron a la aburrida vida de cuarentena.

A la noche el Brayan haría la misma rutina, changuita con los muchachos y luego con el tío.

Ya no tan inquieto como el día anterior esperando en la puerta del pasillo, pasó el Chungo con los tres, Brayan subió al auto mientras la madre lo

observó desde la mitad del pasillo. La mujer ni se inmutó, entró a su casa y se sentó a continuar viendo la televisión.

—Vote queda ahí. —El Chungo al llegar al lugar predestinado.

Nadie en la calle, otra casa marcada pero esta con dos viejos adentró, el Brayan no sabía nada. Obediente hizo caso a la orden del Chungo. Caminaba lento de una esquina a otra. Cuando vio que salieron y se metieron en el auto corrió hasta ellos, el auto salió disparado y a las dos cuadras la policía los corrió, pero la vieja camioneta Toyota destrozada no pudo seguir el nuevo Renault recién salido de fábrica.

Brayan tuvo pavor, temblaba, transpiraba pero no decía nada.

La policía llegó a tirarles un par de tiros, sonaron como disparos de sevita, Marito sacó una pistola pero no hizo falta que les disparase. El Chungo ya había tomado la delantera y se perdió en la pacífica noche bonaerense.

Lo tiraron en la ya predeterminada esquina, subió al carro y el tío dijo —tenemos poco tiempo no se puede andar por la calle.

Al otro día vio en la tele que a un viejo lo habían destrozado, se dio cuenta que era la casa, pero no dijo nada. Un vecino viejo que deambulaba por la casa vio un movimiento extraño y llamó a la policía.

El rostro desesperado del pobre anciano, lastimado mostraba que ya había perdido la confianza en sí mismo. Su hijo declarando en la televisión y la nieta abrazada a la abuela.

Brayan casi se conmovió pero tanteó el bolsillo y tenía mil pesos y un porro.

La madre mirando la noticia exclama.

—Ahhhhh... quetequejá vieja e mierda que no te hicieron nada.

Brayan la miró.

En eso entra Doña Sara.

—Dios mío, cuanta inseguridad, ya no se puede vivir en este país pobre gente. Elsa, te traje una pizza.

—Gracias Sara, dejala ahí noma. Sara, esa gente está llena de plata, que se mueran. Que me importa. ¡Y voquetequejá, si note gusta andate a tu país!

—Pero que tiene que ver Elsa, pobre gente.

En el televisor habían congelado la imagen del pobre anciano de 92 años ensangrentado, un ojo medio cerrado, se le caían las lágrimas, temblaba. La mujer que no salía de la conmoción desesperada lo abrazaba mientras la reportera saboreaba la noticia y el espectáculo dado. Los vecinos, la mayoría con barbijo saludaban a la cámara y la policía intentaba en vano que la pequeña muchedumbre de unas quince personas entrase a sus casas y cumplieran con la cuarentena.

Continuará.

Todos los derechos reservados. Quedan totalmente prohibida la reproducción parcial o total de este libro, o de sus imágenes, o de su incorporación a cualquier sistema informático, o su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea estemecánico, electrónico, por fotocopia, grabación u otro medio sin el permiso previo porescrito del titular del copyright. (Derechos de autor). Número de registro Ex-2021-06232522- -APN-DNDA#MJ

Este relato mensual de doce capítulos es solo una ficción, cualquier parecido con la realidad de hechos o personajes es pura coincidencia.